

ABEL AMUTXATEGI
SU MUERTE.
GRACIAS

CAPÍTULO I

El peor trabajo del mundo – Algo vibra en el aire

— **H**asting-Marchena Asociados, buenas tardes.
»Sí, es aquí.

»Nuestra oferta es muy variada en ese sentido. ¿Tiene algo en mente?

»Cómo no, contamos con un equipo de expertos justo para eso, para asesorarle en este trance tan importante. ¿Podría indicarme qué le ha empujado a llamarnos?

»Entiendo. Siempre es difícil encontrar trabajo a esas edades.

»¿Un seguro? Permítame decirle que es una idea genial, señor. ¿Hace cuánto lo contrató?

»Su esposa es una mujer muy afortunada.

»¡Murió! Lo siento. De veras. Acepte mis condolencias.

»En un accidente de coche... con su amante... mientras huía de casa... Sí, estoy seguro de que estaba muy arrepentida.

»Conque eso fue lo que dejó escrito en su nota de despedida: «Escupo sobre el recuerdo de cada uno de los días que hemos vivido juntos». Esas palabras sólo pueden ser consecuencia de un arrebato pasajero, señor.

»La nota estaba corregida... varias veces... con líquido corrector blanco... y tenía media docena de notas a pie de página.

»Entiendo.

»Su hijo no le habla desde entonces.

»Lo culpa del accidente de su madre y sostiene que ella nunca habría muerto de no haberse visto obligada a abandonar la casa familiar.

»Ajá...

»Después de haber nombrado a su *terrier* galés como único heredero, sólo quiere que su hijo vea cómo desfilan ante sus ojos los millones del seguro.

»Ante sus ojos «ciegos de envidia», sí, perdone.

»Pero ¿si están ciegos no cree que...? No importa.

»Algo sencillo, de acuerdo. ¿Le parece bien veneno?

»No sentiría nada, los primeros efectos de la mezcla son fuertemente sedantes.

»Perfecto. Ahora mismo le tomo los datos para que mi secretaria pueda preparar la documentación. —Samuel le arrancó un trozo al envoltorio del bocadillo a medio comer que tenía sobre la mesa y anotó en él un nombre y una dirección—. Lea bien el contrato. Y háganoslo llegar firmado si no tiene ninguna objeción.

»Debería recibir su Kit de Suicidio en un máximo de diez días.

»Gracias a usted, señor Gandía.

»Estoy seguro de que su hijo se morirá de envidia, sí.

»No olvide recomendarnos a sus amistades.

»¡Y vuelva pronto!

En días como aquel, Samuel creía tener el peor trabajo del mundo. Pero Virginia había insistido tanto en que trabajar con su padre lo ayudaría a alcanzar esa estabilidad económica que tanto necesitaba que no había tenido el valor de negarse.

Cumplimentó un formulario N-5 reseñando los pormenores de la llamada que acababa de atender y lo adjuntó a una plantilla de correo electrónico que envió al Departamento de Contratación. A partir de ese momento el cliente tendría dos semanas para devolver firmados los documentos de solicitud que se le enviarían. En caso de hacerlo, la solicitud seguiría su curso y sería sellada y enviada al Departamento de Tramitación de Pedidos. En caso contrario, sus datos serían traspasados al Departamento de Consultoría Sociológica de Nuevas Altas a través del formulario Z-23-x7521-cracken-9bis².

Y, creedme, entonces el cliente desearía haber devuelto sus papeles a tiempo, por mucho que eso fuera a suponerle la muerte.

La esquina derecha del escritorio de Samuel se ensañó una vez más con sus costillas en cuanto hizo ademán de levantarse. No acababa de tomarle las medidas a su puesto de trabajo. Samuel se resignó a sumar aquel nuevo ataque a los muchos que había sufrido ya y siguió su camino hacia el recoleto cantón en el que estaba la máquina corporativa de café. Rebuscó en sus bolsillos y estudió con detenimiento a lo que se reducía su fortuna:

² En el Departamento de Consultoría sólo utilizaban dos formularios, pero les gustaba creer que su trabajo era importante.

dos monedas de cinco céntimos, tres pelusas, un número indeterminado de monedas de uno y dos céntimos, un duro de Franco..., juna de veinte!

—Ya-llego, ya-llego, ya-casi-estoy...

El que ya-llegaba, ya-llegaba, ya-casi-estaba era Martín Angulo Cuadrado: el Departamento de Estadística de Hasting-Marchena Asociados al completo.

—Puedo pagar mis cafés, Angulo.

—No es molestia, ya sabe que estoy aquí para ayudarle.

—Y no me trates de usted, cuántas veces he de repetírtelo.

—De acuerdo, Samuel. —Los ojillos de Martín brillaron al otro lado de lo que parecía una distancia abismal, medida en dioptrías.

—Así está mejor.

Samuel contó los días que lo separaban del Empíreo crematístico del fin de mes y calculó el dinero que le quedaría tras pagar el alquiler y la letra del coche. Su prima de riesgo, insistente como ese familiar venido del pueblo al que uno no puede echar de casa sin desatar un conflicto internacional, se hizo corpórea y le susurró unas dulces palabras al oído antes de dejarlo hablar otra vez.

—Te acepto ese café, Angulo, pero la próxima corre de mi cuenta.

—No se preocupe... Samuel.

Un sonriente Martín se alzó sobre las puntas de los pies para alimentar la máquina de café con suficiente calderilla como para lastrar un pequeño globo aerostático y pulsó los botones que habrían de saciar las necesidades cafetómanas de Samuel: café, solo, doble de azúcar.

—¡Angulo!

La voz de Sonia Moira llegó desde el fondo del pasillo en un grito que admitía pocas réplicas. Su cuerpo, en cambio, tardó un segundo más en materializarse. Y cuando lo hizo fue de una forma tan brusca que su melena pelirroja ondeó a cámara lenta sobre el ceñido mono de cuero y las botas de motorista que vestía, como en un anuncio de champú, mientras la expresión de sus ojos azules subrayaba el amplio mensaje connotativo de aquella única palabra.

—Probabilidad de morir por caída de caballo —escupió.

—¿Cabalgando en grupo o en solitario?

—Tres caballos. Un pony. Quiere algo familiar. ¡Lo necesito para ayer!

Y, con eso, el cuerpo de Sonia desapareció en aquel laberinto de pladur del que nunca debió salir.

—Tengo que...

Samuel liberó a su benefactor con un gesto magnánimo y aguardó a que este desapareciera antes de ponerse a pensar en alguna forma creativa de perder la mañana.

Sonia y Martín eran de los pocos compañeros que se avenían a tratar con Samuel después del desagradable episodio que tuvo lugar en la última cena de Navidad de la empresa.

Víctima de un fervor etílico incontrolado, cometió el error de llamar «papá» al señor Hasting segundos después del brindis final. El hecho de que este le recordara con chirriar de dientes que ningún hijo varón disfrutaba del placer de tenerlo como ascendiente no hizo más que exacerbar los melancólicos ánimos de Samuel hasta el punto de hacerlo abrazar a ese «viejo bonachón» y prometerle que no sólo habría de hacerlo padre, sino también abuelo si su hija tenía a bien algún día.

La rápida intervención de los amables agentes de seguridad, que lo acompañaron a una zona reservada para los invitados más notables mientras el señor Hasting mascullaba algo relacionado con «estar muerto» y «no saber dónde acaba de meterse este», no evitó que el resto de asistentes fueran testigos del descalabro; igual que no evitó que ambos, empleador y empleado, quedaran en ridículo ante el resto de la plantilla de la empresa.

La relación con el padre de Virginia se había enfriado un tanto desde aquel día. Pero, comparada con la que la mayoría de los trabajadores mantenían con él, podría decirse que aún conservaba un cierto temple mediterráneo³.

³ Comparado con el frío de una cámara criogénica, también podría decirse que un iceberg conserva cierto temple mediterráneo.

A Samuel le hubiera gustado que las cosas fueran de otro modo y que el señor Hasting lo estimara en todo lo que él valía en vez de limitarse a tolerarlo como un capricho pasajero más de su hija. Pero si conservar aquel puesto de trabajo sin sentido era el precio que tenía que asumir por ver a Virginia feliz, estaba dispuesto a pagarlo con creces.

Algo vibró dentro de los pantalones de Samuel, enriqueciendo la mañana con una inesperada dosis de sensual alegría que él se encargó de hacer durar contando hasta cinco antes de descolgar el teléfono.

—Hola, palomita.

No era tanto que Samuel quisiera basar sus acercamientos al sexo opuesto en glorias pretéritas⁴ como que nadie había tenido hasta entonces la paciencia y el interés necesarios para hacerle replantearse su noción de cortejo. Eso lo había hecho desarrollar un *savoir faire* carpetovetónico que bebía sin reparo de aquellas películas vistas a lo largo de su infancia en las que un castizo don nadie seducía, turista a turista, a una recua de nórdicas beldades incapaces de resistirse a sus verborrécicos encantos.

Lejos de reducir en alguna medida el atractivo de Samuel para el sexo opuesto, ese anacronismo galante lo eliminaba de cuajo y cubría con sal el hoyo desde el que hubiera podido volver a germinar.

Pero el destino, después de haber escrito con renglones torcidos durante algún tiempo, en ocasiones escribe recto a pesar de no haber comprado papel cuadriculado justo ese día. Otras veces, las líneas que han empezado rectas terminan por torcerse como si alguien hubiera llamado al destino por la espalda y este se hubiera girado para ver quién era sin preocuparse de detener antes su avance dactilográfico. Pero, las más de las veces, las cosas simplemente pasan.

Y así fue como se conocieron Samuel y la hija del señor Hasting: simplemente.

Virginia acababa de salir de una experiencia no-del-todo-satisfactoria con su anterior pareja cuando Samuel apareció en su vida. Y ella no pudo resistirse a su aspecto de perrillo abandonado al que acabara de atropellar un camión de nueve ejes.

⁴ Para eso antes tendrían que haber existido.

Tuerza a la izquierda en los carteles de saldos por pena y últimas oportunidades y siga recto hasta el final, por favor.

Al menos Samuel no había desaparecido dos días después de entrar a trabajar en Hasting-Marchena Asociados, como el anterior compañero de Virginia. Ni tampoco se había llevado el dinero para emergencias que ella guardaba en el congelador, justo detrás de las coles de Bruselas, dejando en su lugar una nota de despedida de extraño formalismo y firmada con pulso tembloroso.

En efecto, Virginia todavía se estaba tratando de explicar algunas cosas.

—Justo ahora estaba pensando en ti —mintió el seductor que vivía dentro de Samuel, para deleite de su ruborizada interlocutora.

Ella lo llamó mentiroso, zalamero y bandido antes de interesarse de forma superficial por cómo avanzaba su jornada y acometer el motivo principal de su llamada.

El caso era que Virginia solía aprovechar la hora de la comida para acercarse hasta el Metropolitan y descargar parte de la tensión del día antes de comer algo ligero y volver al trabajo. A su compañera de escapadas le acababa de surgir una reunión con unos inversores cataríes de la que no tenía forma de librarse, y Virginia sólo quería saber si a Samuel le apetecería ocupar su lugar.

Él se defendió diciendo que tenía la ropa de deporte en la lavadora, que las alineaciones de Júpiter con Marte, estando este segundo en Escorpio, nunca se llevaron bien con el esfuerzo físico y que había una epidemia de dengue en Pernambuco a la que él resultaba ser inmune y que su deber moral era partir hacia allí para donar sus anticuerpos a los pobres pernambucanos, pero fue inútil.

—Anda, porfi —dijo Virginia—. Será divertido.

El polígono en el que se encontraba la oficina de Virginia estaba a treinta y cinco kilómetros de la ciudad. Eso, una vez atravesada la urbe de punta a punta. Y las retenciones eran más que importantes desde que habían cortado uno de los carriles de la carretera que llevaba hasta allí para renovar su firme-demasiado-poco-firme.

Así que Samuel respondió que cómo no, que la acompañaría encantado, que le agradecía que hubiera pensado en él en una ocasión tan especial como aquella.

Apagó el teléfono y lo devolvió al bolsillo de su pantalón añorando la vibración juguetona que le había regalado segundos atrás.

A veces las cosas buenas de la vida duraban tan poco...